

Jean Guitton: Althusser

En 1988, Jean Guitton publicó su autobiografía *Un siglo, una vida*¹. Fue el último de sus libros. Muerto hace poco, merece que hoy lo recordemos.

Durante su paso por las aulas, se convirtió en el discípulo predilecto de Henri Bergson. Con el correr de los años, los dos trabaron una estrecha amistad, a tal punto que el antiguo discípulo será escogido por el maestro como uno de sus albaceas testamentarios. Compañeros suyos en esa misma época, convive y discute con Sartre y Merleau-Ponty.

Luego de terminar la *École Normale Supérieure*, ingresa en la Sorbona como titular de la cátedra en Historia de la Filosofía. Para aquel entonces, Guitton es un ferviente católico. Combina sus estudios con viajes y amistades que resultarán decisivas. Una de las más relevantes, la que mantuvo con un sacerdote lazarista ciego. Esa experiencia lo lleva a escribir *Portrait de Monsieur Pouget*, obra que, según confesaría Camus, lo deslumbró.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, pasa tres meses en la Escuela Bíblica de Jerusalén. De vuelta en Francia, y fiel a Pétain, publica *Journal de captivité*, lo que le valió ser retirado de su cátedra. Gracias a la intervención de Georges Pompidou, muchos años después, regresa a dar clases en la Sorbona. Nombrado miembro de la Academia Francesa, su obra filosófica y de crítica religiosa es en lo sucesivo ampliamente reconocida. Dos hechos marcan un hito en la vida de Guitton. El primero, haber sido consagrado como el primer teólogo laico en la historia de la Igle-

sia. El segundo, ha sido el único laico en tomar la palabra en un Concilio, el Vaticano II, presidido por Paulo VI.

En 1982, François Mitterand lo visita en su casa de la Creuse². Las palabras con que Guitton despidiera al actual presidente francés resumen a la perfección su pensamiento:

Mi solución no es el absurdo [se refiere a Sartre y Camus], sino el misterio. Avanzamos en la bruma de las cosas, envueltos en un nubarrón. Subimos por la escala de Jacob. A cada peldaño de la escala, la luz aumenta, hasta llegar al término del más allá, donde esperamos ser deslumbrados por la luz. Es preciso elegir entre el absurdo y el misterio. ¿También en política?, dirá usted. En ese terreno existen compromisos, equívocos. Aquí, estamos embarcados, hay que apostar.

De página en página, el lector de *Un siglo, una vida* advierte la importancia que Guitton siempre atribuyó a la fe y al lento, laborioso esfuerzo común que exige toda auténtica amistad. Allí aparecen retratados con viveza Teilhard de Chardin, Bergson, Brunschvicg, Heidegger, Camus, Charles de Gaulle y otros. No obstante, entre esos retratos, destaca el de Althusser, un fugitivo del país de la razón.

A continuación se ofrece completo el capítulo que le dedica. Hay muy poco, casi nada, que añadir. Jean Guitton recuerda y nos cuenta como si el tiempo mismo fuese intemporal. ♦

² Sitio donde vivió los últimos años de su vida, ubicado en la región de Plateaux du Limousin, parte central de Francia. (N. del T.)

¹ *Un siècle, une vie*, Robert Laffont, Col. "Vécu", Paris, 1988.

Dentro de la galería de los filósofos que he conocido, que me han ayudado, deseo colocar aparte a quien fue para mí completamente lo opuesto de un maestro o de un discípulo: mi semejante, pero también mi contrario: Luis Althusser.

Varios lectores se sorprenderán al escuchar el relato de mi amistad con Althusser, conocido como el más radical, el más riguroso de los filósofos marxistas de nuestro tiempo.

Pero es importante, para la verdad de la historia profunda, que los secretos de esta historia sean un día revelados, y también es importante, para la verdad del corazón humano, que las relaciones entre seres contrarios y complementarios sean sacadas a la luz. Agregó que la historia que ahora voy a contar es tal vez profética.

Recuerdo que Althusser fue, según Jacques Derrida, "el

filósofo marxista francés más conocido de su generación". El 17 de noviembre de 1980 estrangularía a su esposa, Helena Rytman.

Durante dos años, de 1937 a 1939, tuve a Althusser como alumno en el Lycée du Parc, en Lyon, en la clase de la *première supérieure*, clase donde se prepara la École Normale.

Me acuerdo: estaba en la segunda fila de la izquierda, y me asombró el brillo de su frente. La primera disertación que me entregó era en el estilo lamartineano y lánguida. Lo llamé aparte para decirle que tenía que cambiar de estilo, lo que él entendió: Lamartine se transformó en Hegel. Me entregó una disertación sobre "lo ficticio y lo real" a la cual le puse la mejor nota. Era el más dotado de los alumnos de Lyon. Su inteligencia era vasta, lógica, rigurosa (escribiría conmigo un

tratado de Lógica formal). Pero Luis era también un ser delicado, sensible, particularmente tierno. ¡Es tan raro encontrar esa alianza entre el espíritu y el corazón, entre la lógica y la sensibilidad! Había visto en Althusser un discípulo privilegiado. Me recibían en casa de su familia; yo lo recibía en la mía.

La filosofía que yo enseñaba en Lyon era el realismo espiritualista de Bergson, la cual había predicho Ravaisson sería la filosofía del futuro. Althusser, quien era entonces un afanoso católico, participaba en la Acción Católica.

Vino la guerra. Althusser estuvo prisionero durante cinco años, como yo. Volví a verlo en Avignon, en 1947. Había cambiado.

Me presentó a una joven mujer de nombre Helena. Me dijo que bajo la influencia de Helena, y siguiendo su ejemplo, se había convertido al ateísmo y al comunismo, que en lo sucesivo estaríamos separados por las *ideas*, pero no por el cariño, el afecto, el corazón. Me confió que desde su cautiverio padecía crisis nerviosas muy graves y que me pediría ayudarlo.

Treinta años pasaron.

Uno y otro cumplimos nuestra promesa.

Fuimos tan opuestos como era posible en el campo filosófico. En política, consideraba el marxismo de Marchais un marxismo burgués. Quería llevar el marxismo al absoluto, es decir, al misticismo.

He guardado las cartas de Althusser en un cajón secreto. Releo la del 11 de julio de 1938:

Querido Maestro: esta mañana recibí, milagrosamente, su preciosa edición del Nuevo Testamento. Digo milagrosamente porque iba a quedarme un solo día en Lyon, y ese mismo día me llegó su pequeño libro. Voy a llevármelo a las montañas de Suiza... Las palabras son demasiado torpes, y no puedo decirle cuánto me beneficia y me calma su pensamiento, cuánto lo quiero. Lo bendigo por haberme ofrecido este librito...

Después me hablaba de la pérdida de su fe:

No sé de qué depende. Quizás me parezco a ese hombre al que se refería Oscar Wilde, quien a fuerza de enseñar el conocimiento perfecto de Dios, había perdido el amor perfecto por Dios. ¡Qué desgracia! La verdad es que no tengo un conocimiento perfecto de Dios, pero a menudo he tenido la impresión de ser igual a aquél que conocía perfectamente a Dios, sin embargo, había perdido su amor por Él. Pienso que el apostolado es muy bello, pero exige, al menos entre nosotros, una cierta puesta en escena... Sentí con frecuencia ese malestar cuando incluía en la pizarra el anuncio de nuestras reuniones. Me hubiera gustado estar entonces en una Trappe³, desconocido, lejos de todas las miradas, solo con el silencio y el perfecto amor de Dios. Le confieso que para mí éste es un caso de conciencia muy serio... He permanecido

³ Althusser alude aquí a la abadía de los benedictinos Notre-Dame-de-la-Trappe, ubicada en Soligny, en la región de Orne. (N. del T.)

despierto esta noche para escribirle y decirle simplemente lo que desde hace tiempo, sordamente, me ha torturado durante este año.. En usted pienso porque me dio esa enorme alegría de saber que, más que nunca, yo lo quería y que regresaría más puro hacia Cristo.

En julio de 1972, Althusser me escribió una larga carta donde recordaba el origen de nuestra amistad:

Querido Jean G., debió haberme llamado mientras estaba solo en el hospital. Hubiera ido. Usted es una persona a quien no olvido.

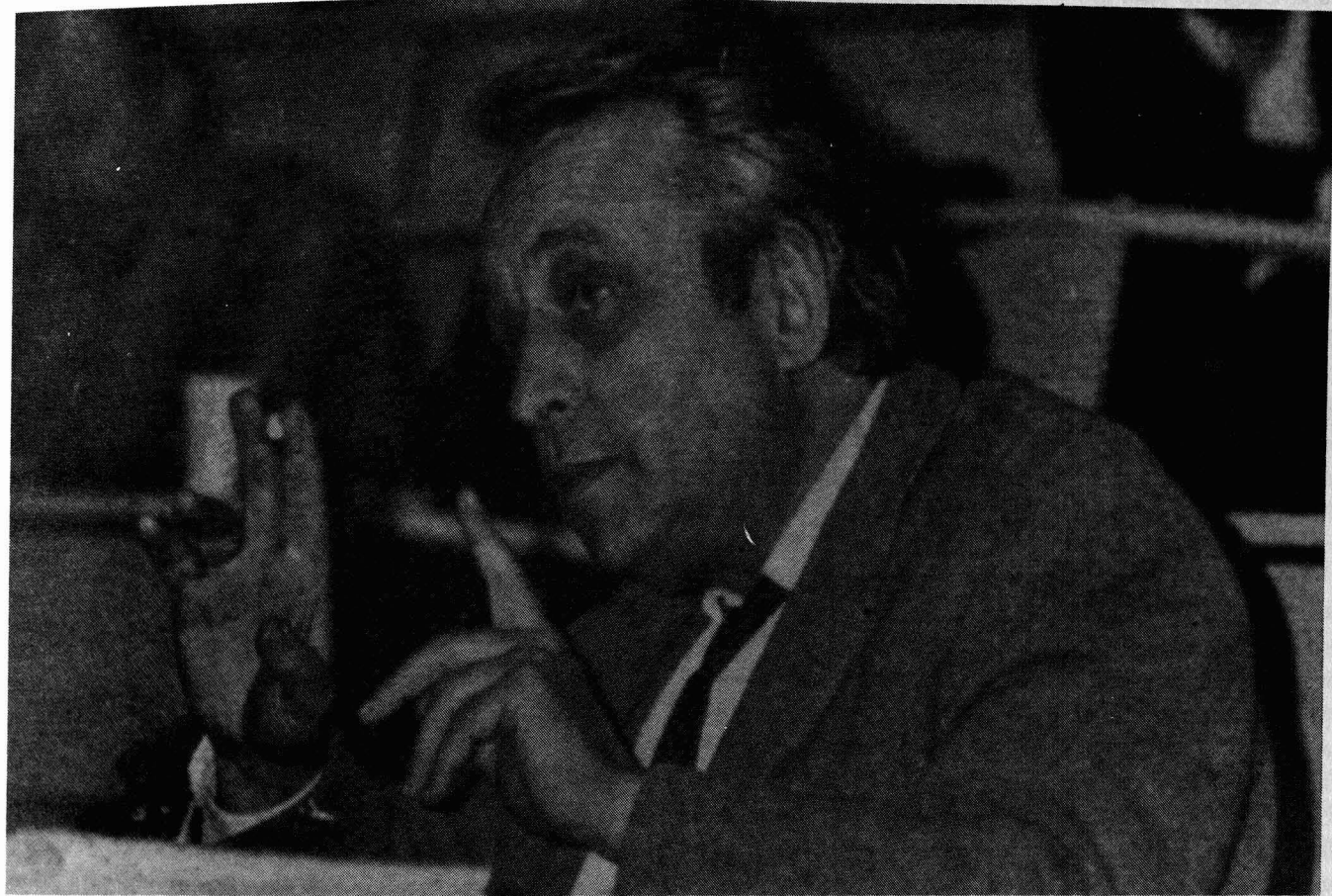
¿Por qué me apreciaba? No lo sé. Por qué puedo apreciarlo, creo saberlo. Cuando llegué a Lyon en 1936, a la escuela, yo no era nadie y lo sabía: un viajero sin equipaje, un adolescente sin pasado, un estudiante sin cultura. Mis abuelos eran unos campesinos pobres del Morvan⁴. En tiempos de Jules Ferry, mi abuelo fue guarda forestal en los bosques más salvajes de Argelia. Mis padres hicieron lo que pudieron. Mi madre había sido institutriz seis meses antes de su matrimonio. Mi padre, salido de la nada, trabajó en un banco a los trece años.

Creyéndolo benéfico, mi madre nos hizo tomar, a mi hermana y a mí, lecciones de piano y de violín. Nos llevaba todos los domingos a los conciertos de música clásica. Eso no me "entraba". No era un "heredero". A menudo era el primero de clase, pero no me lo creía. ¡Pamplinas! En Lyon, topé con usted y algo singular ocurrió: un auténtico encuentro. No me enseñó gran cosa (no vea en estas palabras un reproche; Jean Lacroix me enseñó aún mucho menos debido a una profunda razón: jamás he podido aprender, jamás he *sabido*, y continuo igual), pero usted me dio "las claves". Me enseñó a relacionarme con un concepto, con dos, a combinarlos, oponerlos, unirlos, desglosarlos, a darles la vuelta como crepas sobre una estufa y "servirlos" para que fueran comestibles. Lo he entendido, a mi manera seguramente, pero lo he entendido, pues lo reconozco. Había un "juego" en el arte suyo, y sin duda por eso reconocí en él algo bueno para mí: una especie de trabajo artesanal de la materia-pensamiento con herramientas forjadas a mano -tratamiento muy similar al que había aprendido de mi abuelo, estando en sus campos y bosques del Morvan, cuando trabajaba su materia-materia. Había también (en lo que tal vez no le fui fiel) un sentimiento recobrado de que esa materia-pensamiento carecía de la dignidad eminente que le confiere la cultura, ya que se podía tratarla del mismo modo que la materia común, la materia-materia. ¿Lo supo usted? ¿Lo había presentido, adivinado? Usted confirmaba y reforzaba en mí algo parecido a una antigua tendencia materialista proveniente de mis orígenes y de mi relación con el mundo de la "cultura", de mi certeza práctica y de mi salvación.

Entonces era certeza y salvación. Después, la salvación ingresó en la evidencia.

Luego, fue usted capaz de comprender (me acuerdo de Avignon y de otros lugares), con medias palabras y en silencio, por amistad y discreción, muchas de las "cosas" que otros sólo piensan en evitar mirar de frente. "Nada cuesta tanto co-

⁴ En Borgoña. (N. del T.)



mo soportar las desgracias de los otros". Usted no soportaba las mías. Señal de que, aun de un modo oscuro, las comprendía. Eso no sucede con frecuencia, créame; soy un buen testigo de ello.

Por todo eso lo aprecio.

No sufra por verme tan alejado de usted en el ámbito de las "ideas". "Hay varias moradas en la casa del Señor". Yo no sufro al verlo tan alejado de mí. Respeto lo que piensa, aun cuando tenga sus razones. Por lo demás, me lo dijo: usted es de otro mundo, a la vez muy anticipado con respecto a éste, pero más anticipado todavía cuanto más lejos retrocede. Siempre me han fascinado esas situaciones en las que el retraso se combina con el adelanto (Lenin tenía pasión por los casos de "desarrollo desigual", expresión que nada tiene de juicio valorativo). De ahí pueden salir descubrimientos sorprendentes. Leo siempre con placer lo que usted escribe. Me gusta su voluntad de claridad, lo atinado de su estilo, su inventiva. Y lo que más me gusta, por encima de todo, es esa relación directa, diríase *material*, que mantiene con las cosas que dice. Tengo un amigo que está trabajando en una tesis sobre el... materialismo de Platón. Sostiene la idea de que el materialismo está presente, por necesidad, en toda gran filosofía. Permítame pensar, no porque yo lo desee, sino por experiencia, que usted confirma a su manera esta ley. No forzosamente en lo que dice, sino en cómo lo dice y en lo que hace. Por ejemplo, esta capilla.

La Creuse está un poco lejos para que vaya a visitarlo. Además, después de un fin de año muy activo, siento que

regreso a un "agujero". Estoy condenado, pues, a los altibajos, aun en el momento en que suponía librarme por fin de ellos. Es "mi cruz". Pero pienso mucho en usted, y estoy feliz por haberme escrito y respondido este verano.

Reciba -sabrá que no lo digo en vano- mi afectuosa amistad.

Algunas semanas más tarde, en agosto de 1972, Althusser me escribía de nuevo:

Tengo opiniones, o la presunción de tenerlas, que molestan a la gente, en primer lugar a mis "camaradas" que creen detentar la "verdad" sobre esto y aquello. [...] Y lo cierto es que la filosofía es una batalla. Sin duda, me equivoco a menudo, pero me gusta su talante combativo. Y cuando retomo el combate, prueba que recupero un poco mi salud. Ya que ha sido siempre mi amigo durante los días aciagos -cuán comprensivo y generoso-, cada vez que creo emerger de la noche, guardo un recuerdo silencioso para usted semejante a la gratitud.

Otra carta que data de 1974:

Usted no me enseñó mucho de filosofía, si bien no considero que lo haya pretendido ¿Quién puede pretender enseñar filosofía a alguien? ¿Acaso la filosofía puede enseñarse? Por otra parte, nadie, después de usted, me la enseñó, lo sabe de sobra. Basta leer mis desatinos para convencerse de mi igno-

rancia, excepto lo poco que me forjé, pequeño artesano rural que se inventaba vagas herramientas. Pero usted me enseñó a escribir y hablar como filósofo, la construcción de las frases, la modulación de las preguntas, el interrogarse, el asombro fingido, la conclusión falsa; en suma, todas las reglas que constituyen la retórica "teórica", las reglas o sus artificios (un poco de rigor y un poco del arte de "persuadir", en ocasiones uno apuntalando al otro). Si filosofar significa razonar acerca de las convicciones, está claro que usted me lo enseñó, incluso llegar a una convicción razonando. Le gustaba "jugar" en voz alta (tuvo siempre un talento prodigioso de actor y de mimo) con la seriedad de las reglas, y apenas se sabía si las practicaba sin creer en ellas, o si aparentaba, por pudor, no aceptarlas y jugar con ellas. Estaba seguro que toda su capacidad como maestro radicaba en eso, en la seducción de ese equívoco, de donde quizás aprendí a considerar la filosofía como un teatro, y el deseo de mirar un poco tras bambalinas.

Afirma que nuestros "pensamientos" son del todo opuestos, cosa que puede unirlos, pero que usted duda cuando enuncia los suyos, y yo no, cosa que nos separa. Tal vez se deba a la idea que cada cual se hace del "teatro". Es normal que opinen que soy "dogmático". Que lo digan. Simplemente advierto que las filosofías de mayor influencia en la historia, la de Spinoza, la de Hegel, por ejemplo, fueron "dogmáticas". Las "críticas" influyeron menos, salvo en la tradición filosófica, a la cual atiborraron con sus comentarios. Me refiero a sus efectos fuera de la filosofía. Creo que es hacerse una idea bastante peculiar de la filosofía el hecho de querer inscribir en ella la crítica o la duda. Me parece que únicamente Dios (suponiendo que este término tenga un sentido), si hablara, podría abarcar en lo "verdadero" lo que Él llamaría la hipótesis de la "falsedad" de sus palabras. "Sabe, puedo equivocarme", frase que sólo puede inscribirse en una filosofía de Dios. Los humanos no tienen derecho a esa fórmula, sino a esta otra: "Me equivoqué". Me refiero a proferirla públicamente. Porque la relación privada con una filosofía (con la propia) se "suspende" en el instante en que esa filosofía se publica. Voy hasta el extremo: cuando uno parece no dudar, es para provocar la duda, poner en duda tal o cual opinión, aun incluyendo lo que uno dice. Cuando se duda en público, ¿no equivale a decir que uno *cree* (en el sentido más exacto)? Puede usted concluir que soy incoerciblemente spinozista. No le faltará razón. En realidad sé muy poco de filosofía; sin embargo, creo al menos haber comprendido, y comprendido bastante bien, que Spinoza es en verdad, de todos los filósofos, y sin comparación, el más grande.

En 1978, Luis fue atendido en una clínica psiquiátrica del Vésinet. Pasé largas horas con él. Se encontraba entonces en una especie de angustia metafísica. Se curó.

En 1980 me invitó a comer en su casa, en la École Normale. Presentía que la humanidad iba a entrar en una crisis sin precedentes. Vi a Helena a solas, me contó su vida de obrera pobre. Me dijo que los católicos, al igual que los comunistas, seguían siendo *burgueses*, sin alcanzar nunca la entrega total de sí mismos. Helena y Luis se habían unido para consagrarse al Absoluto, abandonando cualquier deseo de fama, cualquier

honor. Mantenían una estrecha relación con las Hermanitas del Padre de Foucauld, quienes tenían una casa al lado de la École Normale.

Una de nuestras últimas conversaciones fue dramática. Vino a mi casa para decirme que los dos tenían la impresión de que la humanidad entraría en una fase definitiva, que vislumbraban un único sitio donde esa crisis podría resolverse: el lugar era Moscú. No obstante, más que Moscú, Roma. Dicho de otro modo, veían la salvación del mundo en una reunión entre Roma y Moscú. Y Althusser me pidió que fuera yo con Juan Pablo II a decirle: "Sea el hombre que franquee las últimas barreras, pues solamente Usted, en este momento, tiene una autoridad moral sobre la humanidad".

Althusser vino a Roma, donde conversó durante varias horas con el Cardenal Garrone, a quien se lo había recomendado. Éste hizo un reporte a Juan Pablo II para pedirle que recibiera a Althusser. Yo mismo vi al Santo Padre y me dijo: "Conozco a su amigo; es ante todo una persona rigurosa que llega hasta el final de sus pensamientos. Con gusto lo recibiré".

El drama sucedió al mes siguiente. Ayudado por Bernard Billaud, director del gabinete de Jacques Chirac en el Ayuntamiento de París, hice gestiones para que Althusser, eximido por la justicia al haberse considerado irresponsable, lograra abandonar el Hospital Sainte-Anne y lo admitieran en una clínica de los alrededores de París. Fue así como lo atendieron primero en Sainte-Anne, luego en una clínica de los alrededores de París llamada *Las aguas vivas*.

Me había escrito el 3 de diciembre de 1978:

Mi ámbito de pensamiento está abolido. Ya no puedo pensar. Para hablar el idioma *Tala*⁵, le pido que rece una plegaria por mí.

Y le escribí entonces esta carta:

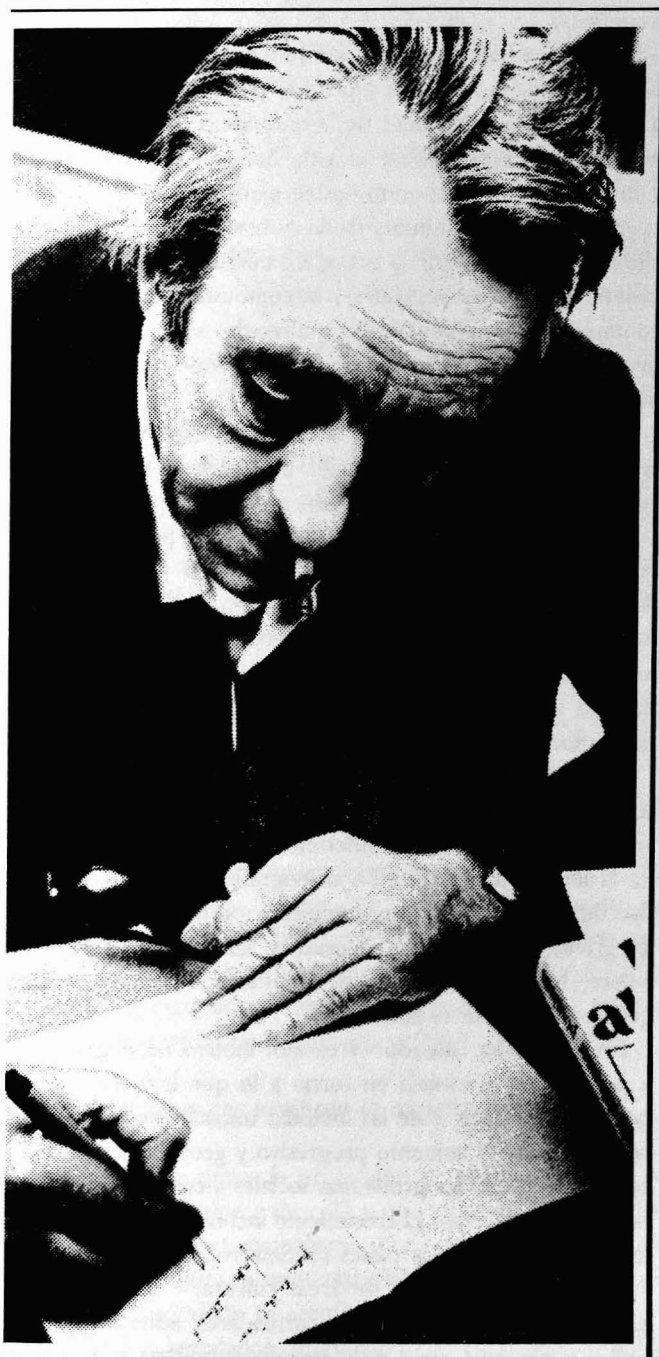
Ni siquiera imaginaba que, en lo relativo al pensamiento, la fe, la acción, sería usted un día lo opuesto de lo que soy, hecho que constituye una ironía del destino. Y ayer lo vi con el mismo rostro, pero ajado, grave, y siempre con esa sonrisa un poco maliciosa, los cabellos dorados ahora de color plata. Sin embargo, sentí la misma afinidad de hace cuarenta años; no puedo evitar el pensar en que nuestros dos destinos están vinculados uno con el otro. Por otra parte, sepa que si me manda llamar, suceda lo que suceda, esté yo donde esté, dejaré todo para venir a verlo. Cuando tenía veinte años y participaba en la Acción Católica, usted me escribió una larga carta que recuerdo muy bien y que quería decir esto: que estaba a favor del catolicismo, pero sin convicción, y que el sistema que usted exponía y defendía le resultaba extraño a su yo. Ahora bien, ayer, al escucharlo, tuve la impresión de que mantenía el mismo tipo de desapego ante el sistema marxista, y que su yo profundo veía en él un pensamiento del que estaba ausente.

⁵ Alusión a la época en que los estudiantes católicos eran llamados por los otros los *talas* (ceux qui vont à la messe, los que van a misa). (N. de Jean Guilton).

Esta noche me he preguntado la razón de esa similitud. Me respondí que, antaño, el catolicismo le fue propuesto, impuesto desde fuera por una familia autoritaria, por influencias sentimentales, y que ahora experimentaba algo análogo.

Su naturaleza profunda está prendada de lo absoluto, de lo puro. Y cuando no encuentra ese absoluto, se repliega sobre sí mismo. En otras palabras, ni antes ni después su yo profundo ha estado comprometido. La prueba de todo esto se halla en la amistad fiel, oculta, tierna, profunda, conservada en secreto, floreciente durante las crisis, que me ha guardado y que tanto me conmovió ayer cuando nos despedimos.

Entonces volví a encontrar al Luis misteriosamente distinto del Althusser. Ese Luis unido a mí como Sócrates a Platón o Jesús al discípulo que amaba, ese Luis a quien ofrecí una amistad más allá de la muerte y sin importar lo que él hiciera, aun si creyese necesario obligarme a morir.



Imagine mi confusión con usted. Respeto su libertad. No quiero influenciarlo. Pero como creo que la fe es verdadera, no puedo dejar de desear que podamos unirnos secretamente en ella. Permanezcamos en silencio, y como usted dice, en la oración.

4 de diciembre de 1978.

Al releer esta carta en 1987, compruebo que exponía a Althusser la explicación que me he dado siempre sobre el misterio de su destino. Para mí, su vida estuvo ritmada por la oscilación del misticismo puro. Y me pregunto si el marxismo no fue entonces para él un medio de sobrevivencia, al igual que lo hubiese sido cualquier otra doctrina *totalitaria*, exclusiva.

El médico de Sainte-Anne me dijo que un delirio de amor lo había empujado a matar lo que él amaba.

Por otra parte, ¿existe acaso gran diferencia entre un criminal y un santo? François Mauriac y Paul Claudel no lo creían. Hay criminales que son santos en potencia, como el ladrón bueno. También hay santos que saben que sin la gracia se hubieran convertido en criminales. Teresa del Niño Jesús opinaba así, y no se consideraba diferente del asesino Pranzini, a quién acompañó en pensamiento rumbo a la guillotina.

En una de nuestras últimas conversaciones, Althusser me dijo: "Escriba la historia de su vida. Yo, estoy escribiendo doscientas páginas que son la historia de mis traumas espantosos"⁶. Luego me dijo: "Nunca pude alcanzar la transparencia. Practiqué entonces, como Mallarmé, como Alain, como Heidegger, *l'obscurum per obscurius*, o sea, lo oscuro a través de lo más oscuro".

Digo que la historia de nuestra relación es profética porque creo, como Althusser, que nos dirigimos hacia un momento en que la humanidad deberá escoger entre todo o nada. Ya no habrá situaciones intermedias, por así decirlo, burguesas, como era el caso del siglo XIX y hasta antes de Hiroshima.

¿Qué será la humanidad del mañana? ¿Qué será la Iglesia del mañana? No lo sé. Estoy convencido de que dos facultades se despertarán en nosotros para intentar resolver el problema supremo. Una de esas facultades es el pensamiento, la cual Althusser y yo intentamos ejercer. La otra, empero (la expliqué en mi libro sobre Marthe Robin), es en definitiva el sufrimiento. ¿Cómo armonizarán esos dos pilares, el pensamiento y el dolor? No lo sé y ninguno lo sabe.

Otro problema que me ha planteado Althusser es el problema que ocupó toda mi vida, a saber, el del cambio. Althusser era católico; se hizo ateo y marxista. En su habitación, veo las obras de Lenin al lado de las de Santa Teresa de Ávila, y a propósito de él, me planteo el problema que siempre me ha obsesionado: el cambio. ¿Cambió Althusser en su fuero interno?

Todavía ayer fui a visitarlo en su retiro. Lo encontré igual que siempre, profundamente idéntico a sí mismo. ◇

⁶ En efecto, Jean Guitton redactará *Un siècle, une vie*. Althusser, por su lado, menciona aquí el último de sus libros que apareció póstumamente, *L'avenir durable longtemps*, publicado en fecha reciente por Stock-IMEC. (N. del T.)